

pobres, de solemnidad, santones de la estética, como aquel Sawa, persona transfigurada en personaje literario, al que también hizo un hueco en sus revistas. La bohemia divina a veces era tan humana... También le ayuda al joven que empieza, perdido entre la gloria, la libertad y el hambre parisinos. Los escritores latinoamericanos han descrito, como nadie, la fascinación de París, esa locura de la fama literaria, el cosmopolitismo; el pan amargo de la libertad, comido con el sabor, a recuerdos de las patrias, a despedidas, lágrimas y calabozos de dictadura. Uno de los hombres más cosmopolitas, tan parisino, fue Gómez Carrillo. Ahí están sus libros: *Bohemia sentimental*, *En plena bohemia*, sobre el arte de ver y pasar; porque el bohemio era un enamorado de la vida y al mismo tiempo un desengañado. El «dandy» sobrevivía, entre el decadentismo y el cinismo; el bohemio literario llevado por los ángeles caídos de Verlaine, vivía entre la iluminación poética y el ajenjo, con más miseria que gloria.

La mujer fue el paraíso y el infierno del poeta modernista, del bohemio. Mujer, musa, amor tantas veces imposible; porque ya señalé que el bohemio es un don Juan de la belleza; es decir, un impaciente, un vividor superficial. Se puede ser un despilfarrador de la propia vida/muerte, como les ocurría a Verlaine y a Rubén Darío. Otros poetas como: Rimbaud, Gómez Carrillo o Villaespesa, vencieron los demonios interiores. Les salvó la vida como placer, color, exuberancia. El amor puede ser una destrucción —¡qué bien apuntó Alexandre esta disyuntiva!— o una aventura galantesima para encontrarse con la propia nada o superficialidad. El amor como desventura y el amor como aventura. Gómez Carrillo escribió novelas como *El evangelio del amor* y *El libro de las mujeres*. El sexo, erotismo, amor, cualidades progresivas del mismo misterio/realidad, son pasiones, obsesiones, sublimaciones, realidades, sueños, donde mana la estética modernista y la edad ligera, casquivana, alegre y confiada, «belle époque» que le tocó vivir a Gómez Carrillo.

#### 1.4. *La «crónica», género modernista*

La prosa modernista incorpora un nuevo género, o subgénero: la llamada crónica. Sus maestros eran franceses. Los modernistas, entre ellos Gómez Carrillo y Rubén Darío la incorporaron a la sensibilidad del castellano. Rubén Darío lo explica así: «Acostumbrado al eterno clisé español del Siglo de Oro y a su indecisa poesía moderna, encontré en los franceses que he citado (cita a Catulle Mendès, Gautier, Flaubert, Paul de Saint Victor) una mina literaria por explotar: la aplicación de su manera de adjetivar ciertos modos sintácticos de su aristocracia verbal al castellano. Lo demás lo daría el carácter de nuestro idioma y la capacidad individual.» Rubén Darío fue director de la revista *Mundial*, editada en París, en 1911.

Gómez Carrillo, en 1898 era corresponsal, en París, de *El Liberal* de Madrid. Adquirió fama como maestro de la «crónica», prosa cuidada, de ingenio sutil, aprendida y modelada en la prosa francesa, implantada con éxito en España. Hay una revolución estética modernista en el verso y también la hay en la prosa. Esta perderá sus ínfulas parlamentarias. (A lo Salmerón, Castelar, Donoso Cortés, su ampulosidad retórica.) También ese aire cotidiano, vulgar o prosaico de Galdós y los maestros de la novela realista-naturalista. La transformación modernista afectará al vocabulario escogi-

do, preciosista, musical, colorista, al ritmo de la prosa, a la sintaxis. Enrique Gómez Carrillo publicó un ensayo con el título elocuente: «El arte de trabajo la prosa artística»<sup>3</sup> que es una poética, un conjunto de pensamientos que resumen su estética. (El artículo salió a la luz con ocasión de la publicación de un libro de Valle-Inclán.) Gómez Carrillo era un adelantado formalista cuando escribía: «El arte literario, en efecto, lejos de acercarse cada día más a las ideas, corre hacia las formas. Es un arte. Quizá es el arte por excelencia...» «El arte debe ser el arte, sin teorías, como la belleza es la belleza, como el amor es el amor, como la vida es la vida.» Hay, aquí, implícito, un anti-academicismo visceral, una búsqueda del primitivismo, los orígenes puros de antes de la cultura, cuando palabras que aparecen absolutas, belleza, amor, vida, eran la misma verdad sencilla. Gómez Carrillo, y también los modernistas, separaba la creación (arte) de la crítica (teoría). Luego se refiere al gusto estético, el «esprit de finesse», tan aprendido de lo francés.

### 1.5. *Cosmopolitismo*

París vale dos misas: la de gloria y la de «réquiem». Para los latinoamericanos ilustrados o literarios, París es la capital del mundo, el sueño de la cultura. Acaso París sólo sea una invención de ellos: Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, César Vallejo, Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda o Julio Cortázar. La gloria casi siempre estuvo más allá del mar, en el exilio o el trasterramiento. Un continente nuevo puede ser tan pequeño como la soledad de una habitación. Cuando un escritor, siente que sus raíces se pudren, por falta de libertad o limitación de horizontes, mejor arrancarlas y envueltas en el dolorido sentir, transplantarlas en tierra extranjera. Al menos no morirán y siempre habrá un día de retorno, aunque sea en la imaginación. De imaginación también se vive y se puede morir con esperanza.

El cosmopolitano fue una vocación de los modernistas<sup>4</sup>. Sus patrias, en su perspectiva, chicas, e incluso la inmensa América les era pequeña. Los modernistas no son escritores del campo, sino de la ciudad, y aquí reside su modernidad. La ciudad, la urbe, París, se convierte en un mito, más que en una realidad. Han estado en París, paseado, gozado y amado por sus calles, en sueños, antes de hacerse realidad. Cosmópolis: ciudad en el cosmos o el cosmos de la ciudad. Da igual. El universo es urbano. La ciudad es el cielo y el infierno, verdad y quimera. La ciudad-mundo es París: Europa, universo, modernidad. Los modernistas americanos eligen la civilización frente a la barbarie; el arte lejano, estilizado frente a la naturaleza próxima, salvaje. Tal vez uno de los pocos que consiguió ser ciudadano del mundo, en la realidad viajera y vital, más allá de los sueños provincianos, fue Gómez Carrillo. Vivió en París, entonces la ciudad del mundo, la cosmópolis en los sueños de los latinoamericanos. Fue viajero por el mundo. Ahí están sus libros, crónicas varias, que nos dan una experiencia di-

---

<sup>3</sup> ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO: Incluido en el volumen *El Modernismo*. Librería de Fernando Fe. Madrid, 1914.

<sup>4</sup> LUIS MONGUIÓ: «De la problemática del modernismo: la crítica y el cosmopolitismo». En el volumen *Estudios críticos sobre el modernismo*, introducción, selección y bibliografía de Homero Castillo. Gredos, Madrid, 1974.

recta de la vida, antes que libresca, ensoñada. Gómez Carrillo aunaba el estilo crónica con la visión reportera, moderna, una prosa entre la epopeya cotidiana y el lirismo galante. Escribió artículos para *ABC*; *La Razón* y *La Nación*, ambos de Buenos Aires. Léanse sus libros: *Vistas de Europa*, *La Grecia eterna*, *Literaturas exóticas*, *La miseria de Madrid*. Su libro *En el corazón de la tragedia* obtuvo en 1917 el premio Montyon de la Academia Francesa. Pensaba en francés y lo escribía. Se sentía americano, hispánico y europeo.

## 2. Cosmópolis

### 2.1. Una revista hispánica de E. Gómez Carrillo

*Cosmópolis* es una revista de E. Gómez Carrillo, cuyo título casaba bien con su talante de hombre liberal y universal. Tras la experiencia interesante y frustrada por causas económicas— de *El Nuevo Mercurio*, en 1907, buscaba la manera de sacar a la luz una nueva revista que uniese en sus páginas a los mejores escritores de España y de América, e incluso a internacionales; para que en la lectura y en el diálogo se conociesen, pues se ignoraban con el desprecio o con la incomprensión. En la primera página de *Cosmópolis*, en la presentación, Gómez Carrillo explica las muchas reticencias y malos entendidos que existían por aquella época entre españoles e hispanoamericanos. A pesar del reconocimiento oficial a Rubén Darío, como jefe de la escuela modernista, y su éxito aquí en España, donde los poetas jóvenes más valiosos como Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado le proclamaron su maestro, permanecían todavía las cicatrices de las heridas coloniales; aún estaba cerca la derrota del 98, que marcaría a la generación de escritores españoles. Gómez Carrillo cita la incomprensión de Baroja. Sin embargo, Unamuno colaboraba con frecuencia en diarios de Hispanoamérica, sobre todo en *La Nación* de Buenos Aires, y se interesaba por la literatura hispanoamericana. Es cierto que había un espíritu de desdén hacia ésta, considerada como colonial o inferior por parte de los escritores españoles, aunque ya por entonces hubiesen aparecido grandes autores con voz propia y obras importantes. En realidad, la consagración de la literatura hispanoamericana, a nivel internacional, no se producirá hasta la reciente explosión de lo que se ha llamado el «boom» de la novela hispanoamericana.

A Gómez Carrillo, hombre puente sobre el Atlántico, debemos el acercamiento entre ambos continentes, un intento serio de aproximación, de comprensión. Leemos en la presentación de *Cosmópolis*: «... España y América forman un solo imperio espiritual. Desgraciadamente, los españoles conocen tan mal a América que Baroja ha podido llamarla el continente estúpido. Y los americanos conocen tan mal a España que muy a menudo la calumnian».

Gómez Carrillo critica el hispanoamericanismo, huero, de Ateneo y conferencia, verborrea retórica de aquellos tiempos «ateneístas», de palabrería hueca en polémicas culturales, lecciones magistrales, mítines y tertulias. La lengua hablada, academizante, legalista, política, alimentaba los períodos amplios, las imágenes biensonantes de una escritura sin hondura, sin intimidad, convertida en discurso. La sencillez de los no-

ventaiochistas y el buen gusto modernista, transformaron una prosa parlamentaria, hue-  
ra, redundante, en un estilo sencillo, claro o breve con paradigma en Azorín; o un es-  
tilo decantado, rítmico, colorido, musical, de un Valle-Inclán o Juan Ramón.

Pero predicar el hispanoamericanismo a la manera de los señores del Ateneo y de  
los ateneos es una labor vana, vaga y hasta algo ridícula. Hay que practicarlo. No hay  
que decir: «Tras los mares existen muy grandes poetas». Hay que traerlos, como hay  
que llevar a los de aquí a todos los pueblos que hablan la misma lengua. No sólo co-  
nocimiento teórico, sino práctico, diálogo en la conversación, intercambio, coopera-  
ción. (No era suficiente leer a Rubén Darío, Martí, Silva, Gómez Carrillo, Unamuno,  
Valle-Inclán, Machado, era preciso también dialogar, aprobar o disentir.)

Gómez Carrillo crea *Cosmópolis* como un universo abierto, plaza mayor, ágora,  
para escribir y hablar, para dialogar y comprenderse. «Yo querría hacer eso. Yo querría  
que en las 200 páginas mensuales de mi *Cosmópolis* colaboran los mejores de Es-  
paña con los mejores de América, para que viéndose juntos se diesen cuenta de que  
son individuos de la misma raza, hijos de los mismos padres, soñadores de las mismas  
quimeras...» Sobre las ruinas del imposible imperio político, proclama el imperio espi-  
ritual de una misma cultura y una misma lengua, un abierto cosmopolitismo de cono-  
cimiento e intercambio y no el nacionalismo estéril que conduce al aislamiento y a la  
muerte en un provincianismo de cortos vuelos.

Para su experiencia, esta vez contará Gómez Carrillo con la ayuda económica de  
un adinerado, el señor Allende, que, además, es intelectual y amigo de las letras. *Cos-  
mópolis* nace financiada con 60.000 pesetas, cantidad que E. Gómez Carrillo cree ne-  
cesario gastar en el primer año, antes de que la revista fuese negocio, suma que el se-  
ñor Allende pone a su disposición. Termina Gómez Carrillo: «Y he aquí cómo un sue-  
ño mío, muy antiguo, que ningún editor había querido estudiar a fondo, se convierte  
en realidad por gracia de un intelectual que tiene además la suerte de ser millonario.»

## 2.2. *El número uno: entre la literatura y el periodismo*

Sale a la luz el primer número de *Cosmópolis* en enero de 1919, como revista  
de periodicidad mensual. Figura como director E. Gómez Carrillo y como secretario  
de redacción Alfonso Sola. De su continuidad hay que destacar que en la Biblioteca  
Nacional hay varios gruesos tomos de la revista, de 757 páginas cada uno. Cada nú-  
mero de la revista constaba de 200 páginas redondeadas.

No es una revista estrictamente literaria, sino que está a mitad de camino entre el  
periodismo, el de entonces, y la literatura, aunque cabe decir que las aportaciones a  
ésta suelen ser sobresalientes. Como muestra repasemos y comentemos el sumario del  
primer número: Baldomero Argenta, ministro de Abastecimientos, escribe un artículo  
sobre «El conde de Romanones»; Woodrow Wilson, otro, sobre «El evangelio de Wil-  
son». Destaquemos un estudio póstumo de Apollinaire, sobre «El espíritu nuevo y los  
poetas»<sup>5</sup>. Este trabajo se publica con ocasión de la muerte del poeta francés. En la pre-

---

<sup>5</sup> Sobre la figura y proyección de GUILLAUME APOLLINAIRE conviene recordar el libro: *Su vida, su obra, las teorías del cubismo*. Poseidón, Buenos Aires, 1946.